en aquellos lugares unas tribunas; formando seis amplias gradas la del Empedradillo, cerrada por una balaustrada; dejándose reservado en la parte superior un lugar para ciertas y determinadas familias. Esta tribuna, se destinó para las señoras que, según el programa que ya conocemos, habían de entrar por la citada puerta. La tribuna del frente que correspondía á otra porción del crucero, se dispuso alta, de un sólo piso, y se reservó para el cuerpo diplomático extranjero residente en México.

Un tablado ó plataforma, bastante elevado se construyó en el coro para las personas que componían el Orfeón de que luego hablaré.

El presbiterio se amplió convenientemente reduciendo las gradas y extendiendo la plataforma con madera; y se exornó el Ciprés con elegantes tibores chinos.

Bajo las arcadas caían en ondulaciones caprichosas, festones de musgo y blancas rosas, que terminaban en los capiteles.

Bajo el arco toral correspondiente á la bóveda que encima del Ciprés existe, se suspendió una gran pantalla de fierro y cristales de colores, blancos, rojos, verdes y azules; pantalla que hasta la fecha puede verse colocada sobre la puerta del Seminario, interiormente. Dicha pantalla es circular; en su parte superior se ve un trapecio también circular, y el todo remata por una cruz dorada: á ambos lados descienden adornos en forma de arcos inversos, y entre ellos hay discos de cristales de colores. En el trapecio, donde campean el verde, blanco y rojo de nuestro pabellón, hay un letrero que dice:

EL CABILDO METROPOLITANO

y luego en el círculo:

Á
SU YLMO. PRELADO
D.r D.
PELAGIO
A.io
LABASTIDA Y DÁVALOS.

Á manera de reloj dos manos doradas señalan, respectivamente, las fechas

8 DE DICIEMBRE DE 1839 y 8 DE DICIEMBRE DE 1889

Previamente se estuvieron cubriendo todas las ventanas, para impedir el paso de la luz, y substituir la del sol por la opalina de los focos eléctricos de Brush.

El efecto prometía ser sorprendente y magnífico. Treinta y cinco lámparas de arco se distribuyeron bajo las bóvedas y los arcos; y no obstante su número, fueron más tarde ineficaces para alumbrar por completo la extensión vastísima del Templo, como diré á su vez, para no adelantar descripciones.

En las columnas que sostienen la cúpula se colocaron doce grandes medallones elípticos, conteniendo veinticuatro inscripciones latinas trabajadas con esmero por el Sr. Lic. D. Agustín Rodríguez, inscripciones que omito por no dar más extensión á esta nota; y que corren impresas lujosamente en la *Corona literaria* que entonces se ofreció al Ilmo. Sr. Arzobispo.[1] He aquí solamente la votiva:

EXIMIO. PRAESVLI
PELAGIO. ANTONIO. DE. LABASTIDA. ET. DAVALOS
NATALE. SVI. SACERDOTII. QVINCVAGESSIMO
LAETANTES. FILII
PATRI. AMANTISSIMO
FAVSTA. FELICIA. FORTVNATA. QVE. QVAEQUE
ADPRECANTVR.

Como todo se trató de modificar completamente, y como antes dije, para salir de la rutina, adoptóse, para la mayor grandeza de la ceremonia, el canto llano, acompañado tan sólo del órgano, á usanza de las basílicas de Roma. El Sr. Pbro. Dr. D. Francisco Plancarte, se hizo cargo del Orfeón; y con mucha diligencia logró reunir más de cien voces, invitando á varias personas distinguidas, así como á los jóvenes congregantes de San Luis Gonzaga, de esta Capital. Los ensayos comenzaron á hacerse en el coro del Sagrario Metropolitano, bajo la dirección inmediata del mismo Sr. Pbro. Plancarte; disponiéndose una misa verdaderamente clásica, tomándola de los más grandes maestros, como Gounod, Pallestrina y Vechiotti. Después, é invitado por sí, dejando á no pocos disgustados según supe, se hizo cargo de la dirección del Orfeón el Sr. D. Ricardo Lodoza, verificándose luego los ensayos en el Conservatorio Nacional de Música, con la aquiescencia del Director D. José Rivas.

En tanto, los días solemnes se acercaban; las comisiones, en sus esferas respectivas, trabajaban como en el primer día de su organización; y los trabajos de la Catedral caminaban progresivamente, impidiéndose tres días antes

1 En la imprenta de Díaz de León, 4º Un volumen (1889).

la entrada del pueblo á la basílica. La noche del 7 de Diciembre se hicieron los maitines de la Inmaculada Concepción en el Sagrario Metropolitano.

Llegaron al fin los tan esperados *días jubilares*. No sé si por el afecto que con el Sr. Labastida me ligaba, ó por no poder juzgar con toda imparcialidad los hechos contemporáneos, diré que no hubo persona, de cualquier matiz político, que no aguardase aquellos días para dar el parabién al dignísimo Prelado de la Iglesia Mexicana. El rico y el pobre; el literato y el artista; todas las esferas sociales, aprestábanse para ser los primeros en tributar ese homenaje de respeto al Pastor amado de esta Grey.

Habíase dado cita á todos los que quisiesen felicitar al Sr. Arzobispo, conforme al programa respectivo, para las diez de la mañana del día 7 de Diciembre, en el Palacio Arzobispal, número 8 de la calle de la Perpetua. Empero ya á las nueve de la mañana la sala del *Trono* encontrábase literalmente ocupada por multitud de personas la mayor parte de Puebla, por ser las primeras á quienes se recibiría.

Casi todos los caballeros vestían de frac y de corbata blanca, llevando al pecho las medallas ó insignias de las diversas corporaciones á que pertenecían. Cada uno de los gremios llevaba su estandarte respectivo. Las comisiones todas hablaron por boca de sus presidentes, contestándoles con frases de cariño el Ilmo. Sr. Arzobispo que ocupaba el Trono, en medio de los Ilmos. Sres. Obispos asistentes.

Fueron, pues, á felicitar al Prelado, la peregrinación de Puebla, la Curia Eclesiástica de México y Secretaría, los Párrocos de la Capital, las Ordenes religiosas, el Seminario Conciliar, la Prensa Católica, la Sociedad Católica, y otras corporaciones.

Después, todos los circunstantes, junto con el Sr. Arzobispo, bajaron á ver los obsequios presentados al Prelado; los cuales obsequios hallábanse en la capilla ú oratorio particular, convertido momentáneamente en sala de exposición.

Á las doce y media del día, el Sr. Labastida bastante fatigado, cesó de recibir más gente; y en la tarde, una comisión del Círculo Católico de México dirigió calurosa felicitación al Venerable Pastor, á causa de su jubileo sacerdotal.

Con positiva ansiedad esperábamos todos la llegada del día 8 de Diciembre. Ya cuasi se ha bosquejado en otra parte el adorno de la Catedral, y como

tres días antes del 8 cerrara sus puertas, la curiosidad en el público multiplicábase á diario. El 8 prometía ser uno de esos extraordinarios, tan raros en México, como que el acontecimiento era el primero de este género que iba á celebrarse en la Metrópoli.

Quién, pues, se propuso llegar al Templo desde las cinco de la mañana; quién vestir la etiqueta rigurosa, para contemplar á su sabor las ceremonias.

Á las siete de la mañana de ese día 8, hora que me pareció bastante cómoda, me dirigí hacia la Catedral. Durante el trayecto comprendido entre mi casa y la basílica, no cesé de ver un cordón de gente, sin solución de continuidad, y que tomaba mi mismo rumbo. Damas y caballeros y carruajes animaban las calles.

Dí vuelta por la calle de las Escalerillas á la del Seminario: una multitud de pueblo agolpábase frente á la reja que cierra el atrio de la Catedral por el oriente. Parejas de gendarmes montados, de riguroso lujo, circundaban de trecho en trecho la manzana toda. Una compañía de gendarmes de á pie al mando de un comandante Tagle, quedó encargada de hacer la guardia tanto en el exterior como en el interior del Templo.

Conforme á las disposiciones prescritas para este día, y que ya he dejado consignadas, las damas con mantilla entrarían por la puerta que da al Empedradillo: los caballeros vestidos con frac ó levita negra, pasarían por el Seminario; entrando todas las demás personas que no tuvieran estos requisitos por las puertas del sur del Templo. Rigoristas en extremo estuvieron los encargados del cumplimiento de estas disposiciones, y á fuer siempre de imparcial, debo decir que se llegó hasta la inconveniencia; pues solamente se dejaron entrar por la puerta del Seminario á aquellas personas que en efecto vestían frac ó levita, impidiéndose el paso, con necia estupidez, aun á aquellos jóvenes que, no obstante ir ataviados con el traje llamado de *media etiqueta*, por su edad claro estaba que ni la levita ni el frac podían vestir. Además de originar no pocos y graves disgustos semejante cosa, unióse á ella la ninguna educación del oficial de gendarmes de á pie, que allí cuidaban el orden como se ha dicho; resultando de esto, como consecuencia inmediata, que la Catedral quedara llena á penas hasta su mitad, dejándose vacío un grande espacio. Tal medida lamentáronla, como debe suponerse, tantas personas que del interior habían emprendido largo y penoso viaje sólo por ver las ceremonias religiosas.

Al entrar á la Catedral, confieso que fuí agradablemente sorprendido por el magnífico efecto que presentaba la basílica en su conjunto. El Templo estaba, si se quiere, completamente desconocido y transformado. Las luces de arco, los centenares de cirios, una semiobscuridad extraordinaria y rara, to-

do daba al interior de nuestra basílica, una especie de originalidad y de apacible tinte.

Inútil será decir que, dado el rigorismo de que antes hablé, para los trajes, la concurrencia fue selecta y escogida. En la crujía que ocupa la nave central, veíase al clero en numeroso y ordenado conjunto: en la nave procesional del costado oriente, se hallaban los caballeros, vestidos de etiqueta: en la nave del poniente, las señoras. En la tribuna que se ha dicho destinóse al Cuerpo diplomático extranjero, estaban los ministros de España, de Francia, de Alemania y Bélgica, con los miembros de sus respectivas legaciones; el Ministro de Relaciones Exteriores D. Ignacio Mariscal, y otros altos empleados; no concurrió el Presidente de la República sino solo su esposa la Sra. Dª Carmen Romero Rubio de Díaz.

En punto de las ocho de la mañana se dió principio á la *Tercia*, concluída la cual salió procesionalmente del coro hacia el Presbiterio, el señor Arzobispo, acompañado de los señores Obispos, del Cabildo Metropolitano y de numeroso clero. El Prelado Metropolitano vestía *capa magna* de color rojo. Tomó en seguida asiento en el trono, entre dos capitulares, y al lado del Evangelio, como es costumbre. Enfrente, es decir, al pie del ambón de la Epístola, y en arco de círculo, se colocaron nueve sillones para los Obispos, quienes tomaron asiento, vistiéndose todos de pontifical. Nueve obispos, pues, congregáronse allí en esos momentos, número extraordinario que no sólo en ningún concilio mexicano se había visto reunido, como he dicho, sino en otro alguno de los celebrados en las demás naciones de la América.

Presentes estaban según el orden en que se colocaron, los Ilmos. Sres. Vargas, de Puebla; Barón, de León; Carrillo y Ancona, de Yucatán; Luque, de Chiapas; Portillo, de Zacatecas; Suárez Peredo, de Veracruz; Gillow, de Oaxaca; Portugal, de Sinaloa, y Montes de Oca, de San Luis, que llegó después; faltando el Ilmo. Sr. Amézquita, que no pudo concurrir á la Misa.

Esta se principió á las ocho y media.

El Ilmo. Sr. Arzobispo vistió riquísima casulla azul bordada de oro; y acompañados correspondientemente salieron de la sacristía revestidos con dalmáticas también azules, los señores canónigos Lic. D. José María García Álvarez, como diácono, y Dr. D. Ambrosio Lara, como subdiácono.

Ya se ha advertido que no hubo orquesta; y sólo el órgano acompañó á las voces del Orfeón.

En el acto que la Misa comenzó, entonáronse los *Kiries*, y á su tiempo la *Gloria*. En medio del silencio religioso, admirábamos todos el magnífico efecto del canto llano, desconocido en México: el *Gradual*, fue asimismo hermoso.

Pasado el evangelio, el Ilmo. Sr. Dr. y Maestro D. Ignacio Montes de

Oca y Obregón, revestido de capa magna, oró primero brevemente ante el altar; y acompañado de dos capitulares de su diócesi y de sus familiares, dirigióse á ocupar la Cátedra Sagrada El tema de la homilía, la cual duró desde las nueve y treinta y cinco minutos hasta las diez y media, fue el versículo del Levítico *Santificabis annum quincuagesimum: ipse est enim jubilæus* (Santificarás el año quincuagésimo que es año de jubileo). Nada podré decir de aquel discurso, que en medio del silencio general resonó bajo las bóvedas augustas: corre impreso en los periódicos católicos de la época, *La Voz de México, El Tiempo, El Heraldo* y otros, donde el más curioso lector puede leer y comentar aquella pieza oratoria; que no me es dado juzgarla ni mucho menos comentarla. Los contemporáneos debemos limitarnos á ver, oir y consignar; que, transcurriendo los años, vendrán quienes aprovechen lo que se ha apuntado, para el estudio de la historia patria actual.

Cuando el sermón terminó, entonóse el *Credo*, que fue lo que más agradó del canto llano; y después, por el ilustrísimo oficiante, el *Prefacio*, siguiéndose las demás ceremonias de la misa. El cáliz en que consagró el señor Arzobispo, escogido entre los obsequiados por el mismo Prelado, fue de artística forma; semejante á aquel usado por el Sr. León XIII en su Jubileo Sacerdotal, y que destinó para nuestra diócesi de San Luis Potosí. En la parte exterior del vaso de oro, míranse de relieve los santos mexicanos: la Virgen de Guadalupe, San Felipe de Jesús, etc.; y los escudos de las órdenes de San Francisco, Santo Domingo, el Carmen, la Merced, etc., en número de ocho, las cuales órdenes obsequiaron el cáliz al Prelado. En la parte externa del asiento ó pie del cáliz, mírase en el centro el águila mexicana de alto relieve y en torno de ella una inscripción votiva latina. El artífice fue un Sr. Guevara, mexicano, y que trabajó el cáliz con verdadero primor.

Concluída la misa, ocupó el ambón de la epístola el Sr. Pbro. D. Ignacio Ochoa, quien dió lectura á una bula de Pío IX, fecha 23 de Marzo de 1863, por la cual se concedía facultad al Sr. Labastida, para dar la bendición apostólica dos veces por año: una el día solemne de la Pascua de Resurrección, y otro día, también festivo, escogido arbitrariamente por el Prelado, siendo el elegido el 8 de Diciembre de cada año.

Revestido el Sr. Labastida con la espléndida capa pluvial que por gracia singular regaló á la Arquidiócesi de México el Soberano Pontífice León XIII, como recuerdo de su Jubileo Sacerdotal, bendijo el Sr. Labastida á quienes en la basílica se hallaban congregados, en virtud de la facultad pontificia; y en seguida se entonó solemnemente el *Te Deum*, concluyendo todo á las doce menos cuarto.

El Sr. Labastida invitó á su mesa ese día á los Obispos, al Cabildo y al-

to clero; y los demás fue invitando á los personajes más prominentes y á sus amigos.

Cerráronse las fiestas jubilares con veladas literarias y con distintas demostraciones de adhesión, de cariño y simpatía al ilustre Prelado, cuyo recuerdo no se extinguirá jamás.

***

No se habían apagado aún los alegres ecos de las fiestas jubilares del Ilmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida, cuando el 5 de Febrero de 1891, el telégrafo comunicó al Sr. Secretario de la Mitra D. Joaquín Arcadio Pagaza, la funesta nueva de la muerte de tan egregio Pastor.

La salud quebrantada del Sr. Labastida, habíale postrado hacía algunos meses; y cuando á principios de 1890 emprendió un viaje á Jacona, desarrollósele un ateroma, enfermedad incurable y grave. Con este motivo, el señor Arzobispo fue en busca de salud á la hacienda de Oacalco, propiedad del Sr. D. José María Flores, hacienda riquísima de caña, que dista unas dos y media leguas de Yautepec, Estado de Morelos. La enfermedad tuvo un funesto cuanto inesperado desenlace, la noche del 4 de Febrero de 1891, en la cual dejó de existir el Sr. Labastida á las nueve y media.

Tan luego como en México se supo y confirmó lo acaecido, noticia que cundió con la rapidez del rayo, la consternación fue general: algunas casas comenzaron á enlutar sus puertas y los balcones á colgarse de cortinas con moños de negro crespón.

La prensa de todos los colores políticos dió la noticia, lamentando la pérdida del Pastor meritísimo de la grey mexicana. Sin pérdida de tiempo, la Sociedad de Beneficencia Española citó á junta, y acordó poner á disposición de la familia del Sr. Labastida, una fosa gratis y á perpetuidad, en el cementerio español.

Por otra parte, salían al momento para Oacalco, á fin de conducir á México el cadáver, el Sr. Pagaza Secretario de la Mitra, el Dr. D. José Mora, y otras personas, entre ellas el Dr. D. Jesús Villagrán, que unido al Dr. Altamira procedería al embalsamamiento del cadáver. Esta operación no pudo verificarse, á causa del ateroma; de suerte que los doctores tuvieron que conformarse con inyectar solamente al cuerpo.

Al morir el Sr. Labastida, se levantó el acta correspondiente de defunción; y al encerrar el cuerpo en el ataúd, dieron fe del hecho las autoridades de Yautepec.

El cadáver fue mientras depositado en la capilla de la hacienda, y una vez todo dispuesto, se transportó en hombros de Oacalco á Yautepec, y en

seguida en tren expreso hasta México, donde llegó el día siete á la madrugada, esperando en la estación de San Lázaro multitud de personas, á quienes de todas veras, se vió humedecer sus ojos por el llanto.

Dada la premura del tiempo, nada pudo prepararse en la Catedral: enlutóse tan sólo la Sala Capitular convertida en capilla ardiente: en el centro se levantó un lecho con dosel de seda negra y oro, donde se colocó el ataúd rodeándolo de cirios y blandones, y cubriéndolo asimismo con un paño de seda negro y oro, encima del cual descansaba la mitra, como insignia episcopal.

Los alumnos del Seminario Conciliar, vistiendo sotana y roquete, hicieron la guardia al cadáver.

En la mañana del día en que se trajo á México el cuerpo, un numerosísimo concurso de gente desfiló silencioso ante el féretro. Imposible parecía que aquella alma grande, inquebrantable del Pastor, hubiese escapado del cuerpo dejándole inanimado y frío: imposible que la Iglesia Mexicana hubiese quedado huérfana del Padre cariñoso, que hacía poco celebrara alegre y en medio de sus hijos las fiestas del jubileo.

El toque de *Vacante*, que con toda liberalidad fue permitido por parte del Gobierno, de cinco en cinco minutos se daba con la campana mayor de Catedral.

Aun cuando quísose al principio armar el gran catafalco que había servido para las honras del Sr. Pío IX, se desistió de la idea por lo difícil y dilatado de la empresa; de suerte que, aun cuando no por esto se dejó de murmurar, quedó desmantelada la basilica; y así hubieron de verificarse los solemnes funerales de cuerpo presente.

El día nueve llenáronse por completo las naves del Templo: á las nueve de la mañana, reunidas en orden conveniente las parroquias todas con cruz alta y ciriales, las escuelas católicas, el clero secular y regular, el Cabildo Metropolitano y el de Guadalupe, etc., salieron procesionalmente de la Sala Capitular, cerrando la marcha el ataúd: la comitiva dió vuelta á la Iglesia por el altar del Perdón, y se detuvo frente á la puerta oriental, mientras se colocaba el féretro que estaba forrado de morado, en un catafalco sencillo que se alzó bajo la cúpula.

Á las nueve y cuarenta y cinco minutos se dió principio á la vigilia á toda orquesta, y luego á la solemne misa de *requiem*, á cuya conclusión se entonaron los cinco responsos de rúbrica, concluyendo todo á las doce y media. Á la ceremonia asistió Monseñor Spaulding, Obispo de Pensilvania, y que á la sazón se encontraba en México, de paso.

En la tarde de ese día, verificóse el sepelio en el panteón español. Puede decirse que aquel entierro, no ha tenido segundo en México, y en estos tiempos contemporáneos, dada la espontaneidad del sentimiento, y lo veraz de

las lágrimas que derramaban los ojos de cuantos presenciaron tan imponente y grande acontecimiento.

"La tarde de ese día—escribía yo en *La Voz de México* del 12 de Febrero de 1891—aparecía triste, como velada por una sombra fúnebre: el tañido melancólico de las campanas de la gran basílica, predisponía el ánimo para recibir emociones que comprimieran el corazón atribulado.

"Poco antes de las tres y media de la tarde, hora fijada para recibir en la Catedral el duelo, penetramos al Templo por la sacristía, en los momentos que verificaba otro tanto el Sr. general D. Porfirio Díaz, Presidente de la República, el cual iba acompañado de los Sres. Lic. D. Manuel Romero Rubio, Secretario de Gobernación y D. José de Teresa.

"Un silencio imponente reinaba en el vastísimo recinto; las luces acababan de apagarse y todavía el humo de los pábilos se elevaba hasta las bóvedas; las puertas se cerraron y sólo quedó abierta de par en par la del Poniente, que da salida al Empedradillo.

"En la crujía y casi al pie de la escalinata del presbiterio, estaba una mesa, junto al catafalco que se levantó para la misa de cuerpo presente; en dicha mesa, cubierta con un paño mortuorio, descansaba el cuerpo exánime de nuestro ilustrísimo Prelado.

"Cuando llegamos tras del Presidente de la República, le recibieron los Dres. D. Próspero María Alarcón y D. Ambrosio Lara, organizándose inmediatamente después la comitiva. Era imposible caminar: la multitud se agolpaba en masas compactas á la puerta del Templo; y la placeta del Empedradillo, el jardín, todo estaba henchido de gente de todas clases y condiciones-además de la que había en los balcones y azoteas de las casas. Todos ansiaban ver, al menos, el ataúd donde se encerraban los amados restos; sobre aquel, forrado de felpa morada, descansaba una hermosísima corona y las insignias episcopales: la mitra y el báculo.

"Á duras penas avanzamos hasta la esquina de las Escalerillas y Santo Domingo, y allí se colocó el féretro en lujoso carro tirado por seis caballos con mantilla y penachos blancos, no pudiendo llevarse en hombros el cadáver, por la muchedumbre que llenaba el tránsito.

"Seguimos caminando á pie y las cabezas descubiertas todos, hasta la plazuela de Santo Domingo, en donde se tomaron los trenes, que en número de más de cincuenta, se extendían en la calle de la Perpetua. Una vez llenos todos los coches, la comitiva comenzó á caminar con lentitud por las calles de la Cerca de Santo Domingo, segunda y primera de San Lorenzo, plazuela y Rejas de la Concepción, Puente y calle de la Mariscala, siguiendo por San Hipólito, Alvarado, etc.; y los puntos conocidos hasta el cementerio español.

"La gente llenaba por completo las calles, y mucha quedó aguardando

el cortejo por el Refugio, Independencia, etc., por donde creían había de pasar la fúnebre comitiva.

"Por todas partes veíamos no la curiosidad sino el duelo, el sentimiento retratado en los semblantes. Al llegar á San Cosme, fuimos presa de una emoción inconcebible. Nos hallábamos frente al Colegio del Sagrado Corazón: los balcones del edificio, enlutados absolutamente con paños negros, hacían resaltar las armas de la Iglesia Mexicana, formadas de plata. De uno y otro lado de la puerta principal y en la acera, se veían formadas las alumnas, de riguroso luto, en actitud respetuosa y cubiertos los rostros con largos velos: aquel cuadro indescriptible, mudos, absortos, lo contemplamos con tristeza insólita, asomando á nuestros ojos indiscretas lágrimas. Pero todavía recibiríamos nuevas y semejantes emociones.

"Pasamos la garita de la Tlaxpana, y en toda la calzada caminaba á pie multitud de gente, así como innumerables carruajes. Todas las casas de aquellos lugares mostraban cortinajes, moños, todo enlutado: hasta el *jacal* más insignificante tenía en su puerta cerrada un lazo negro de papel de China. Allí no se veía otra cosa que la más sincera espontaneidad. ¡Qué cuadro aquel! Pocos son los que con plena justicia reciben honores semejantes.

"Cuando el cadáver pasó por el costado de la parroquia de San Cosme, lánguidamente doblaban las campanas.

"Al cabo de hora y media de camino, estuvimos en el pueblo de Tacuba, el pueblo predilecto del Ilmo. Sr. Labastida, y en donde había establecido su residencia habitual. ¡Oh, recuerdos! No pudimos menos de traer á la memoria las veces que tuvo el que esto escribe el gusto de estar allí con nuestro venerable Padre y Pastor: allí le contemplamos muchas ocasiones escuchando de sus labios los consejos y la resolución de los negocios que nos llevaban á solicitar de él su decisión. El pueblo de Tacuba honró muy dignamente los restos de su ilustre huésped, de su protector y padre. Las casas todas vistieron luto: las campanas de la parroquia repetían el doble lúgubre á cada instante, y el pueblo en masa, bebiéndose las lágrimas, y casi podemos decir, regando el suelo con ellas, apenas tuvo cerca los amados restos, salió á recibirlos con velas de cera encendidas, rodeando la carroza y regando flores á su paso.

"Tras los cristales de las ventanas, se veía la gente que lloraba. Sólo aquellos que presenciaron escenas semejantes pueden darse cuenta de ellas. Todo tenía un aspecto grandioso, imponente, solemne. Y ¿qué corazón no habría de enternecerse en esos instantes en que caía la tarde y se escuchaban fúnebres los ecos de los bronces de la parroquia de Tacuba que tanto recordaban?

"Pasaron al fin dichos momentos: la comitiva, ó mejor dicho, el largo